

## ***Lo que escribimos***

Dijo un tal Marvin Harris, el famoso antropólogo estadounidense, que somos lo que comemos. Y no le falta razón. Muchas personas, a veces sensatas, creen que los cuerpos de muchos magrebíes huelen porque ingieren grandes dosis de cúrcuma, canela o jengibre. Y que los pueblos indostánicos, otro tanto, por su preferencia por los inevitables y adorables curris, con los que adornan su gastronomía. Incluso una tal Victoria, con apellido futbolero, dejó dicho que España olía a ajo. Y es posible que hasta tuviera razón. Nuestra famosa sopa de ajo es buena muestra de dicha preferencia por esta liliácea. Aunque me temo que tal invento de la cocina patria lo fue más por la escasez que por la imaginación coquinaria. Porque ya me dirán ustedes si con tan magros ingredientes se puede alcanzar la dosis calórica media. Sea como fuere el caso es que la comida nos condiciona, y mucho.

Y ejemplos los hay, y muy variados. La mayoría de personas que viven en el extranjero, durante un tiempo prolongado, reconocen que lo que más echan en falta suele ser la comida. Así que, dicho esto sobre nuestra identidad gustativa, me gustaría aplicar la frase que encabeza este texto, la de Marvin Harris, a lo que escribimos. Es decir, ¿somos lo que escribimos? En un grupo tan señero como el nuestro, el de la selecta comunidad de amistades de los Premios Matute, que ya arañan las dos décadas de feliz existencia, esta es una cuestión central. La escritura, y su hermana la lectura, articulan el eje sobre el cual gira esta gran cita anual a la que todos expresamos nuestra devoción.

Como decía Aruki Murakami, ¿de qué hablamos cuando hablamos de escribir? Es decir, ¿qué expresamos, o dejamos de decir, cuando escribimos una cosa, o la otra o, a veces, su contraria? Muchas preguntas, sin duda, y no hay una sola respuesta, claro que no. Y eso, a mi juicio, es lo más grandioso de este peculiar arte narrativo. Si las combinaciones en una partida de ajedrez son multibillonarias, ¿qué decir de las posibilidades combinatorias del alfabeto? Pues que son casi infinitas. Y que han moldeado y dado lugar a decenas de civilizaciones y que mantienen, hoy por hoy, los cimientos del pensamiento clásico y moderno.

Sin la escritura, en cualquiera de sus formas, la humanidad no sería nada. Sin el orden lógico que se sustenta en nuestros textos, desde los más triviales hasta los más sesudos, nuestra mente sería otra. Y nuestra especie, probablemente, no se hubiera bajado de los árboles. Así que estas citas anuales, y este año cumplimos la XVII como si nada, no son solo una reunión de compadres y *lletraferits*, como le gusta tanto decir a Lola a quien, junto a nuestro fundador Alfredo, tanto echamos esta vez de menos pero que sentimos tan de cerca...

Los Premios Matute de Literatura Libre, así todo con mayúsculas iniciales, son eso, pero son mucho más que eso. Son nuestro sustento emocional, son nuestra arquitectura mental, son tantas vidas resumidas en textos breves, son memoria de

personas que perdimos o que encontramos, son los deseos o los sueños que nos gustaría vivir, son los viajes que no hicimos, son los amores que nos mantienen en vilo y también los desamores que nos enfriaron el alma, son los deseos más recónditos, puede que impuros, pero deseos al fin, y son todo ello y mucho más también. Eso son, para mí, los Premios Matute.

Un espacio de convivencia, de conexión, de tranquilidad emocional, de libertad creativa, de familia compartida, de sensaciones entremezcladas. Un lugar, al fin, de vida. Una vida con sujeto, verbo y predicado; con variados adjetivos, algún que otro adverbio, pocas comillas, muchas admiraciones, escasas metáforas, reiteradas onomatopeyas; pero con una sola metonimia. Porque los Premios Matute son lo que escribimos pero, también, lo que no escribimos...

Muchas gracias a todos por mantener viva esta gran sociedad literaria y por cuidarla y habitarla.